

ÍNDICE

PROEMIO

La historia de mi vida

-11-

EPISODIO I

«Valle de la guerra»

-15-

EPISODIO II

«Valle de la fertilidad»

-41-

EPISODIO III

«Valle de los geómetras y matemáticos»

-65-

EPISODIO IV

«Valle de los románticos»

-105-

EPISODIO V

«Valle de los afligidos»

-135-

EPISODIO VI

«Valle de los ancianos»

-177-

EPISODIO VII

«Edén»

-201-

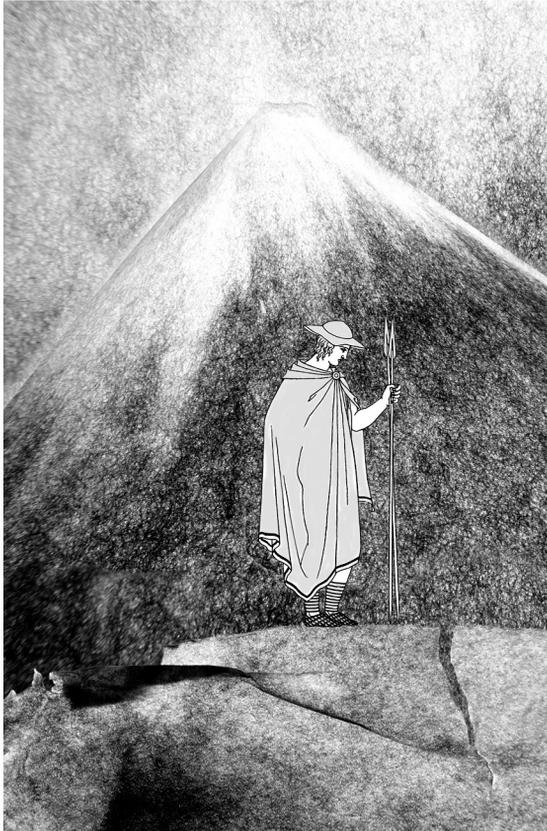
ÉXODO

«Naufragio»

-215-

EL AUTOR

-221-



el narrador nómada que soy

PROEMIO

Voy a contar una historia difícil de creer, pero es la historia de mi vida y de mi muerte. Por eso la conozco bien.

Yo era un hombre curtido y austero. Si alguien me hubiera preguntado, podría haber respondido que vivía desde hacía más de mil años porque cuando me cubría el manto del olvido no recordaba el día ni el lugar en que nació. Nadie sabía mi nombre, ni mi edad; y sin embargo, cada vez que llegaba a una aldea, todos parecían conocerme y se alegraban de recibirme.

En los tiempos antiguos, yo había perdido a mi amada Helena y a mi hija Khala en un naufragio, una noche de tormenta, en medio de un mar ensangrentado, en la que mi barco fue asaltado en plena tempestad, las mujeres violadas y las velas incendiadas antes de naufragar. Desde entonces expié mis culpas recorriendo los valles y montañas de lugares olvidados que eran imposibles de encontrar en los mapas.

Siempre seguía el mismo ritual: en cada valle que llegaba buscaba cobijo en una casa de la aldea, reunía a algunos vecinos y les hablaba o les contaba una historia, como antes de mí habían hecho los recitadores griegos o los cuentistas árabes alzando su voz en las calles y plazas de Damasco. Tras pasar la noche allí, al amanecer, después de meditar leyendo al azar algún versículo del «*Libro de los Proverbios*», ponía rumbo a otro valle, a otra aldea.

De un lugar a otro, la naturaleza cambiaba caprichosamente pero eso a mí no me importaba. También las estaciones y el paisaje eran radicalmente diferentes: unas casas en la montaña, rodeadas por la nieve invernal, daban paso a la frondosidad de una jungla tropical en el solsticio de verano o a la claridad primaveral de un valle junto a un río que se abría en cuatro brazos. Una aldea de piedra, en medio

del desierto, desembocaba por un desfiladero en tierras assoladas por la peste donde un día se levantó una ciudad de cristal.

A nadie extrañaba que yo apareciera de repente porque todos sabían y deseaban que algún día yo habría de llegar y parecían estar aguardándome aunque fuera por motivos muy diferentes: alegrar la pena de una pérdida, celebrar las cosechas, olvidar el remordimiento, anclar sus esperanzas, curar el desaliento o la desesperación, llenar su soledad, satisfacer el deseo de recibir alguna buena nueva o simplemente escuchar una buena historia que los emocionara y aliviara su desamparo.

Para cada historia, yo escogía unas cuantas palabras y en torno a ellas construía un relato en el que incorporaba alegorías, metáforas, vedas y cuentos ancestrales de tradición oral con los que intentaba contar cosas ocultas desde el principio de los tiempos. También me gustaba mezclar parábolas y rescatar algunos pasajes misteriosos de la mitología babilónica que conocía de memoria.

Mientras narraba, acompañado por el encantamiento de mi voz, algunos oyentes me hacían preguntas, otros interrumpían cuando les venía en gana; los había que lloraban o reían o se curaban.

«¿Dónde había aprendido yo el arte de narrar?», me preguntaba. «¿Lo aprendí con los chamanes o tal vez en las primeras iglesias del Asia Menor?».

Quizás fue en las ferias de Persia, por donde paseé de niño, o recitando una y otra vez los versos de la «*Iliada*» que un día descubrí en una biblioteca de Bizancio.

En el sonido de mis palabras había algo que hacía despertar a los dormidos, temer a los poderosos, llorar a los incrédulos. En ocasiones procuraba tal alegría al auditorio que todos reían y sus ojos brillaban como luciérnagas.

También estaban los que me buscaban por la espalda para hablarme a solas:

—¿Pero tú quién eres? —me preguntaban.

—Yo soy quien tú quieres que sea. Fui guerrero, profeta y traidor. Conocí la miseria, la culpa, el remordimiento, la lujuria y la maldad del hombre, y ahora ando buscando encontrarte —repetía yo misteriosamente.

En cada aldea que llegaba siempre había alguien: una niña, un anciano, un loco, un desheredado, que me entregaba, sin apenas pronunciar palabra, el cuello de un vestido, una carta, un puñado de semillas, un anillo, un mapa, una cinta del pelo...

Yo lo iba metiendo todo en un saco que llevaba conmigo, donde también guardaba el «*Libro de los Proverbios*», y por incompresible que pudiera parecer, nunca faltó espacio en aquel saco para dar cabida a los innumerables objetos que me iban dando.

En todos los lugares por donde yo pasaba sabían que a la mañana siguiente ya me habría ido, pero sin embargo me trataban como si fuera a quedarme allí y permanecer con ellos en el valle para siempre.

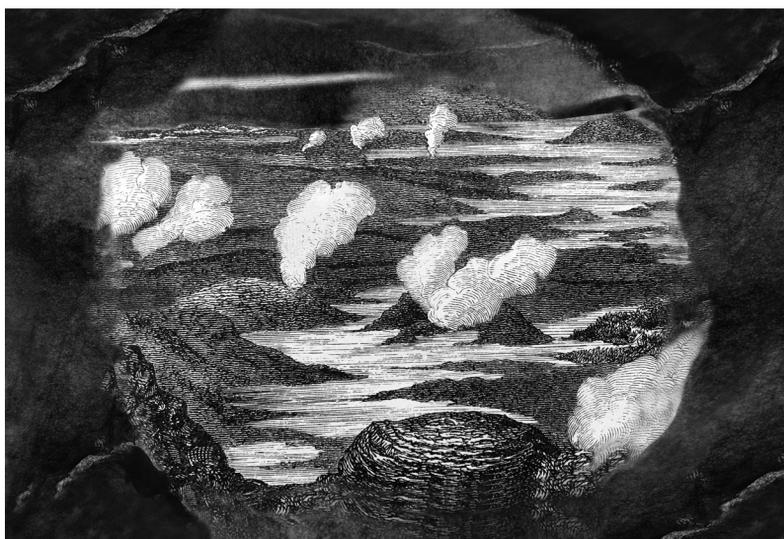
Así llevaba años en mi largo peregrinar de valle en valle, cuando un día, después de caminar durante horas por un bosque lleno de lirios, abandoné el musgo que rodeaba los últimos árboles justo a tiempo para contemplar cómo el cielo empezaba a grisear y el viento, cada vez más fuerte, iba acercando desordenadamente nubes negras sobre mi cabeza.

La tierra se fue volviendo árida y rocosa hasta que aparecieron por el sucio horizonte las primeras casas improvisadas con trozos de tablas, planchas de latón sujetas con cuerdas y telas deshilachadas tensadas por el viento hasta romperlas. Enseguida comprendí que estaba llegando al «*Valle de la Guerra*», donde durante siglos unos vivían enfrentados a los otros y la fuerza de la espada y la barbarie habían enterrado pueblos enteros.

No era la primera vez que lo cruzaba. Por eso, sabiendo los peligros que me acecharían en aquel valle, volví a sentir el miedo de morir en él.



Lámina I



Valle de la Guerra

EPISODIO

I

Lo que en un principio parecía una pequeña aldea destartalada sobre una colina polvorienta, cobró su verdadera dimensión cuando al subir a ella contemplé miles de improvisados techos hacinados bajo los que se movían, sin aparente rumbo, una multitud de niños, ancianos, mujeres y hombres desorientados.

Desde el aire, el campamento de horizontes interminables parecía un excremento gigante esparcido sobre la tierra baldía. De cerca, el mismo olor nauseabundo y la pastosidad que lo impregnaba todo y provocaba la misma náusea, día a día, arcada tras arcada.

Pero al menos allí, en aquel lugar arrinconado del valle, «la guerra quedaba lejos», se decían los que aún creían en algo. «Tal vez sólo se ha disfrazado», pensaban los más desconfiados.

Y es que la guerra no sólo estaba en los lejanos campos de batalla sino allí mismo, después de anidar tiempo atrás dentro de cada casa, en las calles y plazas de las aldeas del valle y hasta en el propio corazón de sus habitantes. Porque muchas criaturas, en el vientre de sus madres, odiaban ya antes de nacer. Todos eran contrincantes, y es que los nacidos en aquel valle parecían llevar grabado a fuego el estigma de ser enemigos para siempre los unos para con los otros. Sólo a veces la misma sangre o religión los llegaba a unir pero en multitud de ocasiones ni siquiera y más bien ocurría lo contrario.

Por eso, entre tanta miseria, también los refugiados y huidos seguían recelando y no había quien diera nada si no recibía algo a

cambio. Todo era enemistad, intolerancia y desamor. Nadie se fiaba de nadie en el campo de refugiados.

Sin embargo, a nadie extrañó cuando bajé de la colina y me acerqué a ellos. Bastó mirarlos con mis ojos serenos para que me reconocieran como a uno diferente a ellos y se alegraran de recibirme. En la primera tienda desvencijada que me ofrecieron encontré cobijo, dejé a un lado mi saco y mi vara, me descalcé y compartí unos higos frescos que había recogido en el bosque, junto a los lirios.

Una mujer arrugada y oscura se acercó y sin decir palabra me ofreció un cuchillo de hoja curva. Lo reconocí enseguida, abrí el saco y lo guardé dentro sin hacer preguntas. Sabía que ninguna respuesta calmaría la tristeza y la angustia de recordar que aquel cuchillo me había salvado la vida el día que mi barco naufragó.

«¿Cómo habría llegado hasta allí?»

Ni me lo debería haber preguntado, porque hacía mucho tiempo que me había hecho la promesa de abandonar ese tipo de preguntas. Otras me las hacía muy a menudo:

«¿Por qué a mí me había sucedido tanta desgracia?», pensé.
«A mí, que ahora predicaba la buena ventura».

Aquella misma pregunta se la hacían los refugiados, muchos de ellos heridos y enfermos, que se acercaron, contentos de tenerme a su lado y sentir mi presencia, suplicándome que escuchara sus lamentos para buscar el consuelo.

Me contaron cosas terribles que habían sucedido más allá de aquel rincón del valle: hombres castrados y decapitados a cuchillo, mujeres a las que habían cortado sus pechos, víctimas despedazadas y arrojadas a los perros, niños obligados a disparar sobre los cuerpos mutilados de sus padres; etnias y tribus exterminadas, familias enteras gaseadas, aldeas arrasadas, creyentes empalados, idólatras masacrados...